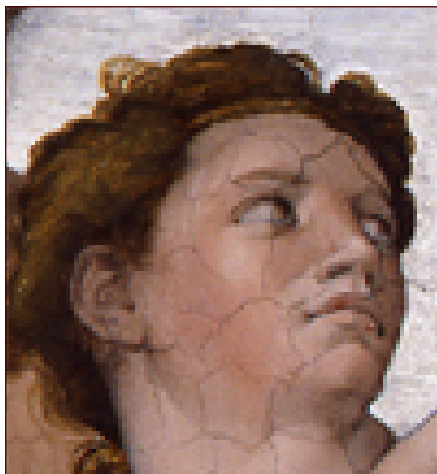


La experiencia del pudor y la educación al amor

Esther Penalba Pla



1. Introducción

A lo largo de los distintos módulos trabajados en el Máster y en relación con mi trabajo profesional y pastoral, me interesé en poder acompañar a niños y jóvenes en el camino de vivir la propia vocación al amor, a través de una educación afectiva y sexual que respondiese a la verdad del hombre. En el amplio campo de la educación afectivo-sexual, me resultó especialmente atractivo el tema del pudor, ya que parece que está un poco olvidado, o incluso tachado de mojigatería. Al iniciar la lectura de diversos documentos al respecto del pudor, me surgían una serie de interrogantes que podemos englobar en dos preguntas clave: ¿qué es el pudor? Y, si es educable, ¿cómo se educa?

Me encontré primero con la necesidad de conocer el concepto de persona que está en concordancia con la antropología adecuada de la que nos habla el beato Juan Pablo II en sus catequesis sobre el amor humano.

Posteriormente, era necesario profundizar en la experiencia del pudor, tratando de describirla en relación con otras experiencias humanas.

Para pasar a la cuestión educativa, consideré de especial interés hacer un breve análisis de la situación cultural y social actual, sabiendo que la tarea educativa es hoy una verdadera emergencia, como ha dicho en repetidas ocasiones Benedicto XVI.

Por último, he tratado de esbozar algunas pistas que pueden encaminar la educación al amor, en relación con la educación en el pudor.

2. Las catequesis de Juan Pablo II sobre el amor humano

Juan Pablo II comenzó estos ciclos de catequesis como preparación para el Sínodo de obispos sobre la *Misión de la familia cristiana*, que tendría lugar en Roma en otoño de 1980 y que culminaría con la publicación de la Exhortación Apostólica *Familiaris consortio*. Son un total de 139 catequesis estructuradas en 6 ciclos, aunque el Papa las divide en dos grandes partes. Una primera dedicada a reflexionar a partir de diversas palabras de Cristo y desarrollar la teología del cuerpo, en la que entrarían los cuatro primeros ciclos; y una segunda parte, con los ciclos quinto y sexto, dedicados a profundizar en el sacramento del matrimonio.

Lo que pretende el Papa al iniciar las catequesis es orientar el trabajo del Sínodo de los obispos, para encontrar respuestas más adecuadas y clarificadoras a tantos interrogantes como había suscitado la encíclica *Humanae vitae*.

En estas catequesis, el Papa nos habla de la necesidad de desarrollar una antropología adecuada. Lo que explica es que se hace necesaria la comprensión e interpretación del hombre en lo que es esencialmente humano.¹

2.1. Las experiencias originarias

Cuando Cristo tiene el diálogo con los fariseos (Mt 19, 3ss), remite al principio, remite a la situación original, al hombre naciendo de las manos del Creador, en su origen y verdad primera. Antes del pecado original, el hombre vive unas experiencias concretas que el Papa denomina originarias por estar en el origen de la Creación y por estar también presentes en toda la existencia del hombre. Estas experiencias son raíz de todas las demás experiencias humanas y permanecen a lo largo de la historia del hombre.

Las experiencias originarias de las que habla el Papa son tres: la soledad, la unidad y la desnudez originarias. Las tres encierran una plenitud, ya que nos conducen a entender que la vocación del hombre es una llamada al amor, a vivir según la imagen y semejanza de su Creador, de Dios que es Amor.

La *soledad originaria* tiene un doble significado. Un primer significado referido a la diferencia que descubre el hombre entre sí mismo y el resto de la creación. Despierta en el hombre la autoconciencia de su ser personal, porque se descubre en una relación con Dios distinta al resto de la creación. Dice *Gaudium et spes* 24 que *el hombre es la única criatura a la que Dios ama por sí mismo*². Podríamos decir que esta es una soledad habitada por el amor de Dios Creador, que nos hace hijos suyos.

El segundo significado de la soledad originaria lo encontramos en el carácter sexuado del cuerpo. El hombre y la mujer experimentan una limitación, una soledad en cuanto su ser masculino o femenino. Este segundo significado de la soledad está vinculado a la experiencia de la *unidad originaria*, ya que apunta a la llamada a la comunión, a la experiencia de la sponsalidad.

La experiencia de la *desnudez originaria* apunta a un deseo de amar la integridad de la persona. Si gracias a la experiencia de la soledad y la unidad originarias, el hombre se comprende a sí mismo como un ser personal, llamado al encuentro y la comunión con otro ser semejante y complementario en cuanto ser sexuado, la experiencia de la desnudez originaria permite entender al otro como un tú completo, con quien estoy llamado a vivir la comunión. Es por tanto una experiencia que aúna las dos anteriores, ya que descubriéndose como un ser personal llamado a responder al amor de Dios, se descubre también como un ser llamado a comunicar ese amor recibido en la comunión con otro ser personal.

3. La experiencia del pudor

3.1. El pudor en las catequesis sobre el amor humano

El Papa, al comentar el versículo del Génesis: “Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban uno del otro”³, explica la experiencia de la desnudez originaria. Esta desnudez no hace referencia a la desnudez corporal en sentido estricto, sino que alude a una comprensión particular del propio cuerpo y el cuerpo del otro en el estado primordial. Es por tanto una característica

del que Juan Pablo II denomina hombre “prehistórico”, propia no tanto de su corporeidad como de su conciencia de ella. Se trata además, de la experiencia de la feminidad o masculinidad por parte del otro, revelada en la desnudez del cuerpo. Esta reflexión lleva al Papa a ahondar también en el significado de la inocencia originaria, cuando dice que ésta “excluye la vergüenza del cuerpo”⁴. Es decir, que “podemos entender la inocencia originaria como una particular “pureza de corazón”, que conserva una fidelidad interior al don según el significado sponsal del cuerpo”⁵. Según esta afirmación, el significado de la desnudez originaria radicaría en que permite ver al otro como un tú completo, permite que el cuerpo del otro me revele con transparencia su ser persona.

Pero aparece un momento nuevo como consecuencia del pecado original en el que cambia radicalmente la percepción de la desnudez originaria. Ya no se comprende el cuerpo sexuado como revelación de la persona, y aparece la vergüenza del cuerpo, unida a la posibilidad de que quede reducido a mero objeto. En este sentido, el pudor se podría asociar a la vergüenza, relacionada con el misterio del pecado original y el sentimiento de culpa, pero observamos que aparece también una dimensión positiva del pudor que busca proteger, velar o esconder aquello que consideramos muy valioso.

Esta dimensión positiva del pudor nos hace preguntarnos si éste es realmente consecuencia del pecado, o si ya existía, de algún modo, en el estado primordial. El Papa dice que “la inocencia originaria excluye la vergüenza del cuerpo”⁶. Podemos pensar que esta “no-presencia” de la vergüenza en el principio, puede deberse a la acción del pudor como salvaguarda de la propia intimidad y la del otro.

Observemos que el hombre nace con una intimidad, habitada desde el principio por la presencia de los demás, de los padres, de la familia, de Dios. Esta intimidad pide ser cuidada y custodiada, no únicamente como defensa ante una posible intromisión concupiscente, sino que pide el cuidado en y por sí misma. En este sentido, la mirada concupiscente no tendría la exclusiva en la aparición del fenómeno del pudor, porque no se trata solamente de defenderse ante una posible agresión, sino que encierra algo positivo, la custodia, el cuidado de la intimidad. ¿Estarán, entonces, relacionados pudor e intimidad desde el principio? Podemos pensar que sí, si entendemos que el pudor armoniza la mirada hacia el otro, de modo que responda a la exigencia propia de la dignidad de la persona. Entonces, si el pudor es una experiencia relacionada con la intimidad, entendemos fácilmente que sea necesario para el amor, pues la reserva o protección de la intimidad, tendrá sentido en tanto que estamos creados por amor y para el amor.

3.2. Pudor y diferencia sexual⁷

La diferencia sexual hace prever también una diferencia en el sentido del pudor en el varón y en la mujer. Karol Wojtyła explica que en la mujer la sensualidad, entendida como la consideración del cuerpo como objeto de placer, está escondida en la afectividad. Las mujeres, por esto, son me-

nos conscientes de la sensualidad que los hombres, por lo que encuentran mayor dificultad para vivir el pudor. Ellas no encuentran en sí mismas la presencia de la sensualidad tan fuerte como los hombres, por lo que sentirán menos necesidad de esconder su cuerpo en tanto que pueda ser visto como objeto de placer.

El hombre, en cambio, siente su propia sensualidad con más fuerza. Para él, el hecho de que los valores sexuales estén ligados a la posibilidad de ver en el cuerpo un objeto de placer, constituye una fuente de vergüenza. Así, se avergüenza de su propio cuerpo en cuanto percibe su reacción ante el cuerpo de la mujer.

3.3. Amor y pudor

Wojtyla habla también de que el pudor, no solamente huye de una reacción ante los valores sexuales, sino que lleva parejo el deseo de provocar el amor. El pudor se convierte así, en un medio para aprender a amar⁸, porque “revela a la persona de una manera viva y concreta, ligada a los valores del sexo, pero al mismo tiempo superior a ellos”⁹. El pudor, entonces, revela el carácter supraulitario de la persona, la protege de cualquier posibilidad de utilitarismo o despersonalización, y protege su intimidad personal. Además, por su relación con lo que Juan Pablo II denomina *hermenéutica del don*¹⁰, y porque hemos sido creados por amor y para el amor, el pudor actuará también en la relación interpersonal, ya no solo dirigiéndose hacia la propia intimidad, sino que irá más allá, custodiando la intimidad del otro y la de la propia relación. En este sentido, podemos hablar de pudor conyugal, pudor de una amistad, de la familia, de una comunidad religiosa...

Podemos pensar que el pudor en la relación cobra una especial relevancia en el acto conyugal, pues permitirá custodiar la verdad del amor que se expresan los cónyuges en la unión carnal. Wojtyla habla de la ley de la absorción de la vergüenza en el amor, absorción no en el sentido de eliminar la vergüenza sin más, sino que el sentido del pudor queda fortificado en esta absorción, porque se hace patente el misterio personal del otro y el profundo respeto que merece¹¹. Pero encontramos un peligro en esta ley que propone Wojtyla, y es el de creer que cualquier amor es capaz de absorber la vergüenza del mismo modo. Sabemos que solamente en el matrimonio se dan las condiciones objetivas para que se dé este fenómeno plenamente¹². En el matrimonio, los cónyuges manifiestan públicamente que quieren amarse para siempre, en totalidad, fidelidad y exclusividad¹³. Este compromiso público, unido a la gracia recibida en el sacramento, hace del matrimonio el lugar adecuado donde puede darse el fenómeno que hemos señalado.

Wojtyla seguirá explicando que “las relaciones sexuales de los esposos no son sencillamente una forma de impudor que se hace legal gracias al acto del matrimonio, sino que, por el contrario, son conformes a las exigencias interiores del pudor (a menos que los mismos esposos no lo hagan impúdico por su manera de realizarlas)”¹⁴. Esta afirmación nos puede conducir a pensar en la relación entre pudor y castidad, pues ésta última ha sido entendida muchas veces,

únicamente como continencia. Y, si Wojtyla está hablando de que las relaciones sexuales en el matrimonio son conformes a las exigencias del pudor, significa que estas relaciones sexuales en el marco del matrimonio, vividas adecuadamente, serán el modo en que el matrimonio viva la castidad conyugal.

Comprendemos así, que existe una relación profunda entre el pudor y la castidad que apunta al cuidado de la relación conyugal. Entonces, podemos pensar que en el acto conyugal, el pudor está presente no solamente en tanto que lo preserva de la mirada ajena, sino que impregna el acto de un cuidado especial entre los mismos esposos, de modo que su relación se oriente a la afirmación de la persona y de la relación íntima. Queda pues excluida, por la acción del amor y el pudor, la posibilidad de utilizar al otro como mero objeto de placer. El amor que hace nacer una relación pudorosa conduce al gozo de encontrarse, amarse, donarse y, así, experimentar el placer sexual común, integrado en el amor.

Por otra parte, es interesante ver también que para Wojtyla la cuestión del vestido no constituye la esencia del pudor por estar relacionado con la cultura, pero no podemos dejar de observar que en el modo de vestir, entra en juego inevitablemente el sentido del pudor. Más allá de la cuestión formal o cultural, aparece una intención profunda de la persona, regulada por el sentido del pudor, que permitirá elegir una prenda u otra a fin de transmitir a los demás, de forma visible, la intención de atraer personalmente o mostrar disponibilidad sexual.

En relación al vestido y atendiendo a que el pudor es vivido de modo distinto en el varón y en la mujer, se puede considerar que en la educación de las niñas y jóvenes, será necesario permitirles conocer la psique masculina para que puedan interpretar mejor la información que emiten con su vestuario. A los niños y jóvenes varones, deberemos ayudarles, en este sentido, especialmente en la educación de la mirada, la imaginación, los impulsos...

Comprendemos mejor ahora, que el pudor no sea una cuestión, exclusivamente, de centímetros de tela, sino que está en el corazón de la persona, porque va ligado a su intimidad y al deseo más profundo de vivir un amor hermoso¹⁵.

4. Educar en el pudor hoy, ¿es posible?

Wojtyla afirma que el pudor debe ser educado, ya que corre el peligro de disminuir, tendencia que observamos en alza en nuestra sociedad de hoy, en la que el impudor se ha convertido en una especie de estandarte.

Nos vemos inmersos hoy en una cultura social que es en gran parte heredera de la revolución sexual de los años 60. Observamos que se ha producido un cambio en cuanto a la comprensión del sentido del amor, de la sexualidad, la corporeidad y la procreación. Nos encontramos pues en una situación de emergencia educativa por la influencia del relativismo¹⁶, la ideología de género¹⁷, el adolescentismo¹⁸ y el pansexualismo¹⁹, que han llevado a la búsqueda del placer inmediato como fin en sí mismo, a la comprensión del

sexo como objeto de consumo y a la omnipresencia de contenido sexual en los medios de comunicación y otros ámbitos sociales y culturales.

Pero en medio de este ambiente hostil frente a la construcción de las relaciones personales y amorosas, sabemos que no será imposible la educación para encontrar y vivir un amor hermoso, deseo inscrito en el corazón de todo hombre²⁰. Podemos afirmar, que en la educación afectivo-sexual la emergencia educativa es mayor si cabe, pues en materia de sexualidad nos jugamos mucho. Está en juego la felicidad de la persona, que no se encuentra sino en vivir en plenitud la propia vocación al amor.

5. La educación en el pudor, camino para la educación al amor



Como hemos ido apuntando ya, podemos ver en el pudor y en su educación un camino para aprender a amar²¹. Sabemos que el pudor no es un puro resultado de la educación²², porque es una experiencia intrínseca a la persona humana ligada a su intimidad, pero precisamente por tratarse de una experiencia humana, es educable. Como dice la Sagrada Congregación para la Educación Católica: “El pudor entraña grandes posibilidades pedagógicas y merece, por tanto, ser valorizado”²³.

Pero, ¿por qué el pudor entraña estas posibilidades pedagógicas y cuáles son?

Una de las claves educativas la encontramos en la profunda relación entre pudor, castidad y amor. El pudor se puede comprender como un germen de la virtud de la castidad de manera que ésta, actuando primero en el interior del hombre, se manifiesta en las acciones externas por la acción del pudor²⁴. Pero sabemos que la castidad no es un fin en sí misma, sino que busca hacer posible una verdadera comunión de personas, por la entrega de sí mismo y la acogida del otro²⁵. El fin de la castidad es, por tanto, lograr la virtud de la caridad. De hecho, la castidad no tendría sentido si no conduce al don total y sincero de sí²⁶.

Educación en el amor puede entenderse entonces como educación en la castidad, e inicialmente como educación en el pudor, sabiendo que éste posibilita que la persona viva castamente, y pueda por ello amar con generosidad²⁷.

Por otro lado, sabemos que “la castidad en el propio estado es posible y genera alegría”²⁸. La posibilidad de vivir la castidad está inscrita en el corazón de cada hombre, pues forma parte de la propia vocación al amor. Esta vocación al amor halla su concreción en dos modos de vivirla: el matrimonio y la virginidad por el reino de los cielos, que nos revelan el significado esponsal del cuerpo en su masculinidad y femineidad²⁹. Por lo tanto, la educación para el amor, tendrá en el horizonte la educación para el amor esponsal, ya sea virginal o conyugal.

La preparación a la vida matrimonial o de virginidad consagrada comporta tres momentos principales: una preparación remota, una próxima y otra inmediata³⁰. En la infancia y la adolescencia, la familia juega un papel fundamental en la preparación remota y próxima de modo particular.

Recordemos que el pudor es una experiencia fundamental de la persona que se descubre en la relación con los demás. Veamos que a lo largo de cada historia personal las relaciones fundamentales que se establecen siguen un orden lógico: filiación, fraternidad, esponsalidad, paternidad.

Lo primero que aprende un niño en su familia es que es hijo; recibiendo el amor de los padres, aprende a acogerlo y también a compartirlo con sus hermanos, así se prepara poco a poco para vivir la entrega de sí en la donación interpersonal³¹. Es importante, en la infancia y la adolescencia, aprender a agradecer el don de la vida recibida, hacerse consciente de que nadie se ha dado la vida a sí mismo, sino que depende de sus padres y en último término, experimentar que viene de Dios, que sus padres no han sido sino colaboradores de la obra creadora de Dios.

En la primera infancia, acercaremos al niño a la contemplación de las maravillas creadas por Dios, en especial con la creación del hombre y de la mujer³². El niño, acompañado por sus padres, aprende a ver en la diferencia sexual un bien, se reconoce niño o niña y va creciendo su conciencia personal en el respeto de sí mismo y de los demás.

En la etapa infantil, los aprendizajes van ligados en su mayoría a las experiencias sensoriales, pues a través de los sentidos el niño descubre la realidad que le rodea y, al mismo tiempo, se descubre a sí mismo en relación al mundo exterior. Por tanto, la educación de los sentidos del cuerpo contribuye paulatinamente a la educación del corazón³³.

Podemos introducir ahora algunas claves que pueden ayudar en la educación en el pudor, pero no podemos olvidar que cada elemento por sí solo de forma aislada no constituye propiamente la educación, sino que necesitan, unidos entre sí, estar orientados al crecimiento de la persona completa. Todos los gestos educativos que tengamos como padres y como familia, van a ir creando, poco a poco, la base del crecimiento de la persona. No podemos desdeñar ninguno de los gestos, por pequeños que sean, porque podemos comprender que la educación no está en tomar grandes medidas sino en los detalles cotidianos³⁴.

Desde la primera infancia podemos atender a elementos como la educación en la higiene, el orden, el cuidado del

lenguaje y el tono de voz, el modo de hablar sobre la vida y el amor, el despertar a través del arte y la belleza la capacidad de asombro, el cuidado del vestido, el dominio de sí en los pequeños gestos de servicio y obediencia, la transmisión de la fe y la oración en familia... De este modo se puede ir configurando un ambiente familiar en el que sea posible crecer en el amor y así, vivir la educación de la sexualidad, no como algo forzado, sino integrado en el modo de vida familiar.

En la etapa de la adolescencia nos encontramos con un reto mayor: la integración de la sexualidad en la estructura de la persona y en su experiencia del amor. La educación en el pudor y la castidad³⁵ en esta etapa, pide la acogida con estima del desarrollo del propio cuerpo. Los cambios corporales no son siempre vividos serenamente y con aceptación, de modo que la primera condición para la educación de la castidad es aprender a amar el propio cuerpo que se expresa con esta capacidad de comunicar la vida y hacer ver que la función sexual no es algo negativo ni pecaminoso, sino increíblemente hermoso, que expresa el designio de Dios sobre el hombre y la mujer³⁶.

Una clave fundamental en la educación para el amor en la adolescencia y la juventud, la encontramos en enseñar a reconocer el funcionamiento y desarrollo del cuerpo humano, del propio cuerpo, para despertar la admiración y el respeto. Esta transmisión del conocimiento del propio cuerpo es, sin duda, un gran servicio a la libertad y a la capacidad de amar en verdad, especialmente a las mujeres jóvenes³⁷.

Por otra parte, en esta etapa será necesario acompañar a los adolescentes y jóvenes en la construcción de amistades auténticas que les ayuden a crecer³⁸.

En el contexto de la vida de fe, podemos ofrecerles la posibilidad de vivir encuentros de Adoración Eucarística, de modo que en la contemplación del misterio del cuerpo de Jesús, presente en un pedacito de pan por el amor inmenso que nos ha tenido, puedan llegar a comprender que la vocación al amor se manifiesta en la entrega del cuerpo. Podrán entonces reconocer que su cuerpo es templo del Espíritu Santo³⁹ y que están llamados a la santidad, glorificando a Dios con su cuerpo⁴⁰. Si a esto unimos la invitación constante a frecuentar los sacramentos, en especial el de la Reconciliación⁴¹, estaremos, sin duda, abriéndoles el camino a la entrega generosa de sí por amor a Dios y a los demás.

NOTAS

¹ Cfr., JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó*, Cat 13, 2 (2.I.1980), Cristiandad, Madrid 2000, 116.

² CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 24.

³ Gén 2, 25.

⁴ JUAN PABLO II, *op. cit.*, 132.

⁵ *Ibidem*.

⁶ *Ibidem*.

⁷ K. WOJTYLA, *Amor y responsabilidad*, Palabra, Madrid 2008, 216-217.

⁸ Cfr. *Ibid*, 219.

⁹ J.D. LARRÚ, "La experiencia del pudor en V. Solov'ëv, M. Scheler y K. Wojtyla", *Anthropotes* 27 (2011) 457-492.

6. Conclusión

A lo largo del trabajo nos hemos ido asomando a la comprensión del fenómeno del pudor, sabiendo que éste prepara el camino al amor⁴², que podemos entenderlo como un camino para aprender a amar⁴³. Sabemos que el pudor no es un puro resultado de la educación⁴⁴, porque es una experiencia intrínseca a la persona humana ligada a su intimidad, a la que no es posible renunciar. Precisamente por esto, entendemos que la experiencia del pudor es educable y constituye un elemento fundamental en la educación al amor.

Conviene recordar que nos encontramos ante la dificultad de que en la cultura y la sociedad de hoy, se ha perdido el significado del cuerpo como expresión de la persona y lugar donde llevar a plenitud la vocación al amor. Si se ha perdido el verdadero significado del cuerpo, se pierde también el sentido del pudor. Entonces, ante la situación de emergencia educativa en la que nos encontramos, la familia adquiere una mayor responsabilidad ante la educación afectiva y sexual de los hijos.

Todos los aprendizajes que pueden darse en la familia, como comunidad de vida y amor fundamentada en el matrimonio⁴⁵, son necesarios para que la persona alcance la plenitud de lo que está llamado a ser y, en consecuencia, viva feliz. Esto es posible, gracias a que "la educación y la gracia caminan en una sinergia necesaria, en la que mutuamente se enriquecen y sostienen"⁴⁶. Así, la educación no puede dejar de contar con la acción de Dios en la vida de cada persona y, a su vez, no podemos abandonarnos a la sola acción de Dios, porque Él cuenta con nosotros para escribir su historia de amor con cada uno.

Si el educador sabe que cada persona es única e irrepetible, entonces podrá entender que la educación de cada persona será única también. Para educar el pudor será necesario un camino de acompañamiento que ayude a interpretar la experiencia y a descubrir su significado en relación con la vocación al amor. Podemos ofrecer algunos caminos comunes, algunas pistas, pero lo más importante es que podamos llevar a cada uno al encuentro con el Maestro, que ordena los afectos, regala el Espíritu Santo y es capaz de transformar los corazones para llenarlos de su Amor.

No quisiera terminar sin hacer una mención especial a la Virgen María, Madre y Maestra también en el arte de amar. Ella puede ser para nosotros educadores modelo de dulzura, paciencia, delicadeza... de verdadero amor. Que Ella nos guíe en la tarea de acompañar a los niños y los jóvenes a descubrir la belleza y la alegría de vivir la sexualidad integrada en el amor verdadero, a crecer en el camino de la santidad. ■

- ¹⁰ JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó*, Cat 13, 2 (2.I.1980), Cristiandad, Madrid 2000, 117.
- ¹¹ Cfr. J.D. LARRÚ, *op. cit.*, 457-492.
- ¹² Cfr. *Ibidem*.
- ¹³ Cfr. PABLO VI, *Humanae vitae*, n. 9.
- ¹⁴ K. WOJTYLA, *Amor y responsabilidad*, Palabra, Madrid 2008, 224.
- ¹⁵ Cfr. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona 1995, 133.
- ¹⁶ Véase: J. RATZINGER, *Homilía en la misa pro eligendo Pontífice*, 18 abril 2005.
- ¹⁷ Véase: CEE, *La verdad del amor humano: Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar*, EDICE, Madrid 2012, n. 52-61.
- ¹⁸ Véase: J. LARRÚ, “La educación al amor de los adolescentes”, en: *Educar el amor humano n° 8*, agosto 2008, fuente: www.jp2madrid.org
- ¹⁹ Véase: J.J. PÉREZ-SOBA, “El “pansesexualismo” de la cultura actual”, en AA. VV., *Diálogos de teología VI. El matrimonio y la familia, claves de la nueva evangelización*, Valencia, Edicep-Fundación Mainel, 2004, 85-110. Véase también el número monográfico: “Evangelizzare nella cultura del pansessualismo”, *Anthropotes*20 (2004).
- ²⁰ Cfr. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona 1995, 133.
- ²¹ Cfr. K. WOJTYLA, *Amor y responsabilidad*, Palabra, Madrid 2008, 219.
- ²² J.D. LARRÚ, *Integración del amor y don del Espíritu*, Apuntes del Máster Pastoral Familiar, Madrid 2012, 57.
- ²³ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Orientaciones educativas sobre el amor humano, pautas de educación sexual*, 1 noviembre 1983, n. 90.
- ²⁴ Cfr. O. GOÏIA, *L'amore e il suo fascino. Bellezza e castità nella prospettiva di San Tomasso d'Aquino*, Cantagalli, Siena 2011, 364.
- ²⁵ Cfr. L. MELINA, *Por una cultura de la familia*, EDICEP, Valencia 2009, 135.
- ²⁶ Cfr. C. GIULIODORI, “La missione evangelizzatrice della famiglia di fronte alla cultura pansessuale”, en: *Anthropotes* 20 (2004), 205.
- ²⁷ “Es indispensable la educación del pudor sexual, estrechamente ligada a la educación del amor, precisamente porque un auténtico pudor exige, (...) un amor verdadero y aceptable”, K. WOJTYLA, *Amor y responsabilidad*, Palabra, Madrid 2008, 227.
- ²⁸ CONSEJO PONTIFICIO PARA LA FAMILIA, *Sexualidad humana: verdad y significado*, Palabra, Madrid 1997, n.73.
- ²⁹ Véase el cuarto ciclo de las catequesis, dedicado a la virginidad cristiana, que profundiza en esta cuestión. JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó*, Cristiandad, Madrid 2000, 401-466.
- ³⁰ Cfr. JUAN PABLO II, *Familiaris consortio*, n. 66.
- ³¹ Cfr. J.D. LARRÚ, “Maduración de la persona en el evento educativo”, en J. GRANADOS, J.A. GRANADOS, *La alianza educativa*, Monte Carmelo, Burgos 2009, 151.
- ³² Cfr. C. GIULIODORI, “La missione evangelizzatrice della famiglia di fronte alla cultura pansessuale”, en: *Anthropotes* 20 (2004), 206.
- ³³ Destacamos el tratamiento de los sentidos del corazón que podemos ver en: J. GRANADOS, “Anatomía del corazón cristiano”, en C. GRANADOS-J. GRANADOS, *El corazón, urdimbre y trama*. Monte Carmelo, Burgos 2010, 33-64.
- ³⁴ Al respecto de la importancia de cada pequeño gesto, dice Vittoria Maioli: “Cada gesto vuestro no está unido al presente y ya está, no es sólo la respuesta a la necesidad inmediata. Aquel gesto queda en la historia de vuestro hijo y contribuye a construir todo su ser persona. Entonces, un padre tiene presente esto desde que el niño nace, porque está empezando una gran construcción y cada gesto que hace no es contingente y ya está, nunca es algo que acaba ahí, en aquel momento. Sería muy triste que fuera así”. V. MAIOLI, *Padres e hijos: la relación que nos constituye*, Encuentro, Madrid 2006, 187.
- ³⁵ PABLO VI, *Humanae vitae*, n. 22: “Nos queremos en esta ocasión llamar la atención de los educadores y de todos aquellos que tienen incumbencia de responsabilidad, en orden al bien común de la convivencia humana, sobre la necesidad de crear un clima favorable a la educación de la castidad”.
- ³⁶ Cfr. C. GIULIODORI, *op. cit.*, 206-207.
- ³⁷ *Ibid*, 208.
- ³⁸ “La amistad es el vértice de la maduración afectiva y se diferencia de la simple camaradería por su dimensión interior, por una comunicación que permite y favorece la verdadera comunión, por la recíproca generosidad y la estabilidad. La educación para la amistad puede llegar a ser un factor de extraordinaria importancia para la construcción de la personalidad en su dimensión individual y social”. SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Orientaciones educativas sobre el amor humano, pautas de educación sexual*, 1 noviembre 1983, n. 92.
- ³⁹ Cfr. 1 Cor 6, 19.
- ⁴⁰ Cfr. 1 Cor 6, 20.
- ⁴¹ Cfr. CONSEJO PONTIFICIO PARA LA FAMILIA, *Sexualidad humana: verdad y significado*, Palabra, Madrid 1997, n. 74.
- ⁴² Cfr. K. WOJTYLA, *Amor y responsabilidad*, Palabra, Madrid 2008, 222.
- ⁴³ Cfr. *Ibid*, 219.
- ⁴⁴ J.D. LARRÚ, *Integración del amor y don del Espíritu*, Apuntes del Máster Pastoral Familiar, Madrid 2012, 57.
- ⁴⁵ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 48.
- ⁴⁶ J. NORIEGA, “La educación y el arte de vivir”, en: J. GRANADOS-J.A. GRANADOS, *La alianza educativa*, Monte Carmelo, Burgos 2009, 23.

LA AUTORA

ESTER PENALBA PLA

Diplomada en Magisterio. Especialista Universitario en Pastoral Familiar y Máster en Ciencias del Matrimonio y la Familia, por el Pontificio Instituto Juan Pablo II.